

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DE ARQUEOLOGÍA CANARIA
1960

POR

ELÍAS SERRA RÀFOLS

Y

JOSÉ DE C. SERRA-RÀFOLS



La Laguna de Tenerife
1960

De arqueología canaria 1960

Por Elías SERRA RÀFOLS

Sumario: 1. Las culturas indígenas. 2. La conquista normanda.
3. Memoria de la excavación de Rubicón por J. DE C. SERRA-RÀFOLS

1. Las culturas indígenas

En el estudio de las culturas aborígenes ha sido fecundo este año 1960; en casi todas las islas se han hecho trabajos, y algunos de ellos con resultados verdaderamente nuevos e importantes.

Atendiendo diversas pistas, se ha hecho en TENERIEE, por el Delegado provincial don Luis Diego Cuscoy, una serie de exploraciones y excavaciones. Mientras unas han sido de modesto resultados, otras han sido notables.

La región de Masca, al NW de la Isla, por su aislamiento y no haber llegado a ella los cultivos ni los caminos modernos, parecía prometer hallazgos interesantes; pero de hecho una cueva sepulcral ha dado apenas unos restos humanos correspondientes a dos cadáveres, sin ajuar funerario alguno. Dos cuevas de habitación dieron material muy escaso, unos fragmentos de cerámica y alguna lasca de obsidiana.

Una cueva sepulcral en la caleta de Garachico dio material típico y corriente de ajuar funerario: punzones de hueso, tabonas y collares de barro cocido.

Otro fue el resultado de la exploración de un conjunto de cuevas de habitación en el Barranco Cabrera (entre El Sauzal y Acentejo); ya conocidas, se excavaron ahora tres, dos con ajuar pobre, pero la tercera dio un millar de tabonas, 20 útiles de piedra, 1.500 trozos de cerámica con muchas muestras de decoración, objetos de hueso y de ornamento, etc., material que ha dado lugar a prolongado trabajo de laboratorio para estudio y clasificación, y que venía a ser un prenuncio de hallazgos que han correspondido ya al año 1961.

Una exploración en Las Cañadas del Teide no es nunca infructuosa para quien, como Diego Cuscoy, conoce tan bien el terreno y los tipos de escondrijos donde los pastores guanches reservaban su ajuar al ausentarse en invierno; pero esta vez, al explorar cuatro paradores, dos en la cañada de Las Mostazas, uno en la de Los Tomillos y otro en la del Sanatorio, si en todos se obtuvo material fragmentado, en la última, en dos escondrijos, aparecieron dos piezas excepcionales, por ser tipos todavía únicos en la alfarería guanche, y además enteras, aunque esto importa menos arqueológicamente.

En la isla de LA PALMA se hizo amplia prospección en todo el imponente arco de cumbres que rodea La Caldera de Taburiente; el estudio de esos caminos ancestrales que comunican el N con el E de la Isla tiene mucho interés en sí mismo, pero además dio lugar al descubrimiento de una estación pastoril con un ara de sacrificios animales en las montañas del término de Los Sauces; y sobre todo una estación de grabados rupestres en Tajodeque, término de Tijarafe, que no son mera ampliación de los ya bastantes conocidos en esta isla, sino que se trata de verdaderas inscripciones en letra tiffinagh, las primeras que se señalan en La Palma, y que han sido debidamente calcadas por Diego Cuscoy. Todavía, siguiendo indicaciones suministradas al Servicio por el geólogo Telesforo Bravo, estudió el Delegado otra estación rupestre en el término de Fuencaiente, extremo S de la Isla, en el roque de Teneguía, aislado entre las lavas del volcán de San Antonio. Si ofrece particularidades petrográficas y botánicas señaladas por los especialistas, hay también grabados del tipo espiraliforme, que fueron fotografiados y calcados.

La campaña realizada en la isla de EL HIERRO es, probablemente, la principal de las llevadas a cabo en 1960 por el Delegado provincial Sr. Diego Cuscoy, con resultados que él mismo califica de sensacionales; por lo menos dan una nueva fisonomía al conocimiento que de la prehistoria de esta isla teníamos. Si se conocían sus grabados rupestres de varios tipos y algunas cuevas sepulcrales y aras y atalayas al aire libre, y esto como resultado de anteriores trabajos del Servicio de Excavaciones, ahora hay que añadir las cuevas habitación y su ajuar.

En primer lugar, en preparación de la publicación suficiente de todos los grabados de esta isla, se procedió a su inventario, en el estado ya muy deteriorado en que se hallan y para anticiparse a su total destrucción previsible para dentro de un breve período de años; se fotografiaron todos y se calcaron los que resultó posible, tanto los alfabetiformes de La Caleta, La Candia y del Barranco de Tejeleita, como los más variados y numerosos de El Julan, aquéllos al N y éstos al S de la pequeña isla. En una conversación con Álvarez Cruz, publicada en «El Día» de 10 de agosto de 1960, Diego Cuscoy explica la ruina de estos testimonios de la antigua cultura de la Isla y la aspiración a que se vigile más su conservación: «de los tres grupos de inscripciones alfabetiformes que existían en La Caleta, dos han desaparecido, uno total y otro parcialmente, ya que sólo queda una piedra bajo los cimientos de una construcción reciente. El grupo más importante se conserva entero, aunque no intacto, ya que está dañado por inscripciones modernas. Los de La Candia se van —ya están casi borrados— por la erosión. En el mismo estado se encuentran los del Barranco de Tejeleita, donde ahora he descubierto un pequeño grupo de inscripciones totalmente desconocidas». Y mostrando una fotografía, comenta. «No, los signos no aparecen como usted los ve en la foto. Los repasó, creo que con tiza, un día antes de mi visita, un aficionado... para hacerlos resaltar. Pero esto no tiene valor alguno, ya que en muchos casos no es posible determinar la línea segura del grabado original, sobre todo cuando la superficie de la roca aparece mordida por la acción del tiempo. Las autoridades de la Isla están verdaderamente interesadas en hacer algo efectivo para que el estrago no continúe. Yo —dice Cuscoy— les he diri-

gido un escrito haciéndoles algunas sugerencias. La cosa no es fácil. Yo prohibiría hasta el repasado con tiza. Interesa para el estudio de los grabados no sólo la técnica, sino incluso la pátina. Los grabados de El Julan no están mejor protegidos que los de las otras estaciones. Allí va todo el que quiere... El coleccionista trata de llevarse un recuerdo... los grabados están sobre dos corrientes de lava. Muchos han desaparecido y otros se encuentran fracturados... He sacado con fortuna muchos calcos de El Julan. Por este procedimiento, el original queda intacto y uno se lleva para estudiar en el laboratorio y exponer en el Museo las muestras interesantes. Si el trabajo se efectúa escrupulosamente, es posible incluso estudiar la técnica del grabado».

En El Julan se hizo además una exploración de conjunto y se excavó un ara de sacrificios, con obtención de huesos calcinados—que han permitido determinar las especies de animales sacrificados— y algunos utensilios de piedra empleados en los sacrificios. Más importante fue el hallazgo y excavación de una cueva de habitación con importante ajuar cerámico y de piedra y hueso. El conocimiento tan deficiente que teníamos de la alfarería herreña nos la presentaba como extraordinariamente tosca, semicruda; ¡pero aquí apareció incluso decorada! Se exploró también un «alar» o apartadero de ganado, de indudable construcción indígena. En fin, la vida pastoril actual tiene tales muestras de arcaísmo, que no puede omitirse como fuente de conocimiento de la aborigen.

De GRAN CANARIA sabemos que el Delegado provincial, Sr. Jiménez Sánchez, ha realizado trabajos en Majada de Altavaca, Guayedra, Cerro de San Roque, todo en el término de Agaete; Los Caserones en La Aldea de San Nicolás; Cascajo del Maípez de Jinámar en Telde; y el Abrigo de la Majada Alta en Tejeda en colaboración con varios delegados locales y el asistente de la Delegación don Victorio Rodríguez. Además, como siempre, se ha atendido a la vigilancia de las estaciones de la Isla rotuladas por gestión de la Delegación y que son objeto de numerosas visitas turísticas.

En LANZAROTE se ha atendido a las mismas necesidades con auxilio de una nueva Delegación insular confiada a don Antonio

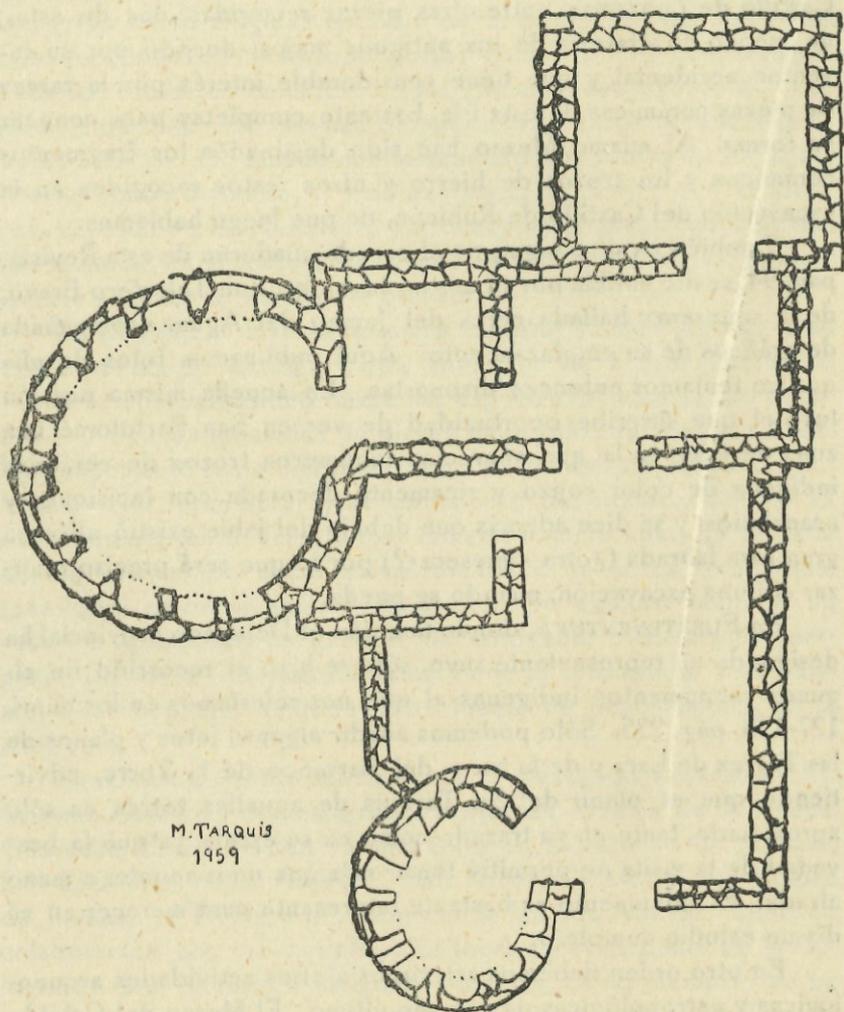
Lorenzo Martín. El mismo Delegado provincial colaboró y asistió a la apertura del Museo Insular del Castillo de San Gabriel, en donde ha quedado depositada una de las dos losas grabadas del Castillo de Zonzamas, entre otras piezas recogidas; una de éstas, un cuenco de alfarería de los antiguos majos, donado por su inventor accidental y que tiene considerable interés por la rareza de piezas cerámicas de esta isla, bastante completas para conocer su forma. Al mismo Museo han sido destinados los fragmentos cerámicos y los trozos de hierro y otros restos recogidos en la excavación del Castillo de Rubicón, de que luego hablamos.

También en otro lugar, en el pasado cuaderno de esta Revista, pág. 94, se dio noticia por su mismo inventor, don Telesforo Bravo, de la «quesera» hallada cerca del Jameo del Agua, acompañada de gráficos de su emplazamiento. Aquí publicamos fotos de ella que no teníamos entonces dispuestas. En aquella misma ocasión tuvo el que suscribe oportunidad de ver en San Bartolomé una zona de jable en la que aparecían innúmeros trozos de cerámica indígena de color rojizo y ricamente decorada con incisiones y acanalados; y se dice además que debajo del jable existió allí una gran losa labrada (¿otra «quesera»? por lo que será preciso realizar allí una excavación, cuando se pueda.

En FUERTEVENTURA, donde también el Delegado provincial ha designado un representante suyo, sólo se hizo el recorrido de algunos monumentos indígenas al que nos referíamos en los núms. 127-128, pág. 235. Sólo podemos añadir algunas fotos y planos de las Torres de Lara y de la torre del Barranco de la Torre, advirtiéndole que el plano del Sr. Tarquis de aquellas torres es sólo aproximado, tanto en su trazado como en su escala, ya que la brevedad de la visita no permitió tomar más que unos apuntes a mano alzada. El monumento es bastante interesante para merecer en su día un estudio completo.

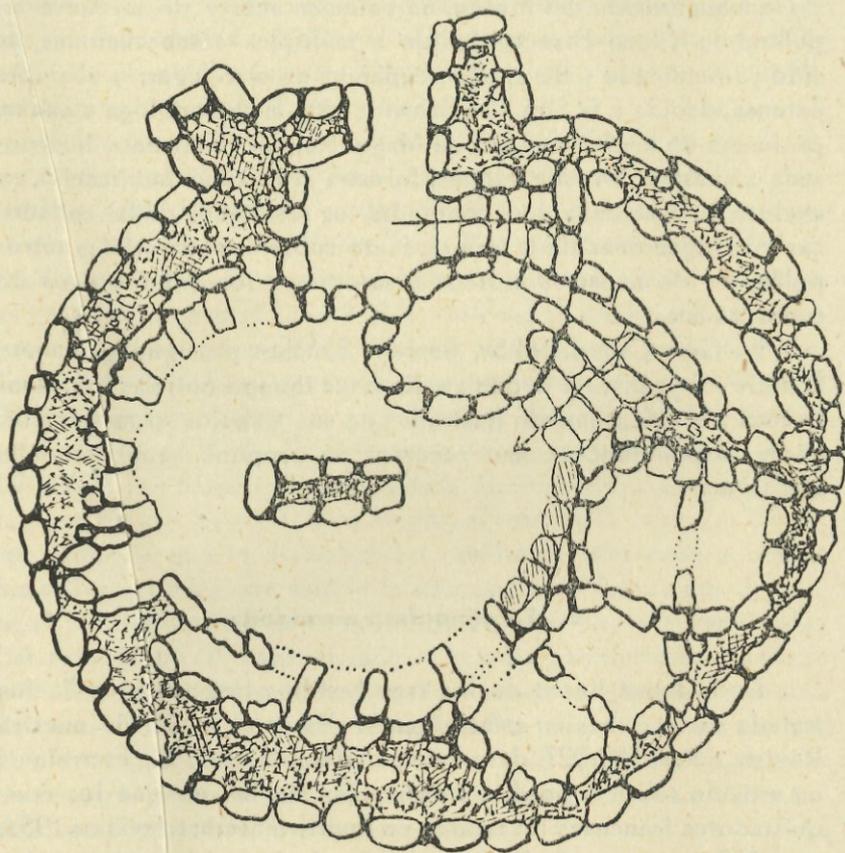
En otro orden debemos referirnos a otras actividades arqueológicas y antropológicas de ese año último. El Museo del Cabildo de Tenerife se dispone a llevar a cabo un plan de publicaciones que, además de dar a conocer su labor en los círculos interesados españoles y extranjeros, tendrá la ventaja de proporcionar material comparativo por cambio de publicaciones. Aparte la *Guía* suma-

0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 m

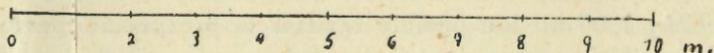


M. TARQUIS
1959

Torres de Lara, Fuerteventura. Diseño aproximado de su planta



M. TARQUIS
1959



Torre del Barraco de la Torre, Fuerteventura. Planta de los restos conservados



ria de que ya se habló oportunamente y que apareció con ocasión de la inauguración del Museo, un volumen acerca de la cueva sepulcral de Roque Blanco, debido a múltiples colaboraciones, ha sido ya publicado y de él nos ocupamos en otro lugar; y una obra extensa, debida a la Dra. Ilse Schwidetzky, la antropóloga alemana, profesora de la Universidad de Maguncia, tan felizmente incorporada a nuestras investigaciones, formará la próxima publicación, en traducción castellana, que contendrá los resultados de las cuidadosas investigaciones de la autora, tanto sobre los materiales antropológicos de nuestros museos como sobre los sujetos vivos de todas las islas.

En Gran Canaria, el Sr. Jiménez Sánchez prosigue igualmente la serie «Faycán», en la que ya dio hace tiempo noticias interesantísimas y suficientemente ilustradas de sus trabajos arqueológicos; ahora, disponiendo de más recursos, se propone superar aquella buena marca.

2. La conquista normanda

De la tenaz busca de los tres castillos betancuranos hemos tratado varias veces en estas páginas. Ya en el n° 10 de nuestra Revista, págs. 509-527, de octubre-diciembre de 1955, escribimos un artículo sobre la posible localización de los dos que los conquistadores franceses levantaron en Fuerteventura; todavía en 1953, pág. 159, tuve que añadir unas *Adiciones* al artículo, en las cuales ponía confianza en una información de don Simón Benítez sobre el posible emplazamiento del castillo de Rico-Roque. Pero hasta 1959 y 1960 no fue posible realizar la prospección personal que allí señalaba como necesaria. Primero, en noviembre de 1959, visité con don Miguel Tarquis las dos islas orientales, y luego, en abril siguiente, con mi hermano el arqueólogo José de C., excavamos en Lanzarote el lugar, previamente escogido en la exploración anterior. También de estos trabajos se ha publicado informe sumario en esta crónica del año 1959 (tomo XXV, págs. 234 y sgs.) y a través de conferencias resumidas en las págs. 185 y siguientes

del pasado cuaderno de esta Revista. Así aquí no indicaremos sino lo preciso para poner en antecedentes al lector y dar algunos datos más que hemos obtenido luego, todo como introducción a la Memoria de la excavación de Rubicón de abril de este año 1960, redactada por J. de C. Serra.

Sobre los castillos de Fuerteventura ya decíamos en los lugares citados que el de Val Tarajal, el de Gadifer de La Salle y sus parciales, está localizado expresamente en la crónica *Le Canarien* (versión Juan V), en la villa de Santa María de Betancuria; sólo un estudio minucioso de la cimentación de sus casas antiguas daría, tal vez, mayor precisión. El otro castillo, el de Rico-Roque, no puede estar, ni aproximadamente, en la zona que postulaba don Simón Benítez. Documentos de la Inquisición de Gran Canaria (Museo Canario, Colección Bute, vol. I, fols. 21, 40, 53) afirman que la fuente de Riche-Roque, que tiene que ser forzosamente la del castillo, se hallaba a una distancia de alrededor de media legua de la caleta o puerto de Pozo Negro, al este de la Isla. *Le Canarien* afirmaba que la distancia del castillo al embarcadero, que él llama *des Jardins* y que será el mismo de Pozo Negro, era de una legua; en realidad no hay contradicción, pues hay que tomar estas distancias como sólo aproximadas y acaso algo inferiores a la realidad. De todos modos no ha llegado a nuestros oídos la existencia de ruinas o construcciones identificables con el castillo; las del Barranco de la Torre, además de demasiado alejadas, no corresponden, por su posición topográfica, con los datos de *Le Canarien* para nuestro castillo. La busca continúa.

Así, pues, si se buscaban tres castillos, sólo se capturó uno, el de Rubicón, levantado en el sur de Lanzarote por Juan de Béthencourt y su gente en el mismo verano de 1402 en que llegaron a la Isla y en seguida que el conquistador pactó paces con los naturales y su rey Guadafrá. Dando ya por conseguida la «pacificación» de esta Isla, esto es, su sumisión por pacto al conquistador, que contaba hacerla efectiva paulatinamente, Béthencourt y su colega Gadifer de La Salle se propusieron la inmediata conquista de Fuerteventura, y seguramente por ello escogieron el sur de Lanzarote como lugar más a propósito para establecer su base; el relativo aislamiento de esta zona, respecto de las productivas y pobladas

de la Isla, no era sino una ventaja, en aquellos momentos, que se juntaba a la proximidad de la isla vecina. Un desembarco en ésta y un recorrido por el interior, sin conseguir establecer contacto alguno con los habitantes, escondidos o huidos más lejos, unido a la indisciplina de los tripulantes de la nave, convenció a los capitanes de que la empresa era larga y precisaba de más recursos de los que disponían. Béthencourt regresa a Europa para procurarlos, mientras Gadifer, aunque víctima de la codicia y traición de la banda de forajidos que habían traído consigo, proseguía la empresa con tenacidad y superaba los momentos angustiosos de la insurrección de los lanzaroteños y de la falta de mantenimientos.

Aunque en la tradición histórica de Canarias quedó el recuerdo del castillo de Rubicón, no se conocían restos de él, y moderadamente solíamos explicar esto suponiendo que el solar del castillo era el mismo que vino a ocupar hasta hoy la llamada Torre del Águila o de Las Coloradas, plataforma artillera levantada en el siglo XVIII, en 1741, en la misma costa sur de Lanzarote y que se conserva en buen estado.

En mi primera visita a los lugares también acudí a éste, pero no hizo falta más de un vistazo para comprender que no podía coincidir con la topografía que se deduce de los textos de la crónica: la Torre del Águila domina el mar, sin playa alguna, desde la cima de un acantilado inaccesible; la playa más inmediata, la de Las Coloradas, que nuestro guía llamaba de Afe, está a más de 1 km de distancia. Además, como ya hemos dicho en otras ocasiones, disponíamos ahora de otro texto: el historiador don Sergio Bonnet lo publicó en esta Revista (t. XX, 1954, pág. 81), extraído de un archivo privado de Las Palmas, y es la declaración de un testigo en una información de calidad y servicios hecha en Fuerteventura en 1602. Manifiesta el testimonio Nicolás Hernández que Juan de Béthencourt «entró primeramente en Lanzarote y allí hizo una torre al lado de un barranco, a quien los franceses pusieron Rubicón, de la cual hay paredes y memoria, y de la otra parte del barranco una iglesia, a la cual puso San Marcial, que según oyó decir fue el día que entró en la tierra, y dentro de la iglesia estaban escritos muchos nombres de letra francesa de los caballeros franceses que vinieron a la conquista, y este testimonio alcanzó a ver

muchos nombres dellos, los cuales han sido deshechos y borrados por los moriscos, y el retablo hecho pedazos, y esta iglesia fue la cabeza deste obispado, el cual se llamó muchos años antes que se ganara Canaria, y después de ganada, el obispado de Rubicón»; así, pues, entre el castillo y la iglesia había un barranco, y nada de esto se ve en Torre del Águila. Pero la pretendida identidad, en la que yo mismo abundé en una nota de la pág. 29 del vol. II de la edición de *Le Canarien* publicada por el Instituto de Estudios Canarios, al igual que otros muchos, viene de tiempo; probablemente ya corrió entre los ilustrados del siglo XVIII, pues parece reflejarla la inscripción que corona la puerta de la torre misma y que fue colocada en 1769, muchos años después de su construcción en 1741, con ocasión de su reedificación, tras de haber sido desmantelada por piratas argelinos en 1749. Aunque aquí no tiene lugar el estudio de esta Torre del Águila, copio la susodicha inscripción, que puede considerarse inédita, pues no la he visto reproducida ni en la gran obra dedicada a las fortificaciones de Canarias, mientras en alguna referencia periodística apareció muy errónea. Es una lápida decorativa, que merecería una reproducción fotográfica, que no pude obtener por estar orientada al N y por tanto a contraluz:

REINANDO EL SR. D. CARLOS III
MANDANDO ESTAS YSLAS EL EXCMO.
SR. D. MIGUEL LOPEZ FERNANDES
DE HEREDIA MARISCAL DE CAMPO SE
REDIFICO ESTA TORE DE SAN MARCIAL
PUERTO DE LAS COLORADAS PUNTA
DEL AGUILA. ANO DE
1769

Los curiosos enlaces y letras sobrepuestas no admiten una fiel reproducción tipográfica; he resuelto las abreviaturas hoy desusadas, pero aún es dudoso si no deberían duplicarse la E y la R de las palabras 1ª y 3ª de la línea quinta. Esta mención de San Marcial ya supone acaso la errónea identificación de que tratamos por parte del autor del texto y, en todo caso, ha contribuido a difundirla y autorizarla.

Cuando al fin pudimos alcanzar el barranco de los Pozos de San Marcial, tras explorar inútilmente el de Las Mujeres, ya vimos que coincidía con el dicho de Nicolás Hernández, salvo que hoy día no afloraban restos de la torre ni de la iglesia; ésta está señalada por una cruz de madera asentada sobre una peana de piedras sueltas, pero nada pudimos descubrir de sus muros y cimientos. Esperábamos otra cosa por los datos que pudimos ver y leer conservados en el archivo de la parroquia de Yaiza, a cuya jurisdicción pertenece hoy este distrito. En efecto, en un libro allí guardado —de cuya existencia teníamos noticia por el Dr. Ciorănescu, al que debemos también otros datos aquí aprovechados— se contienen documentos tocantes a un proyecto de reconstrucción de la iglesia de San Marcial, sobre los mismos cimientos antiguos, que se inició en 1862 por el párroco de Yaiza, quien de recién los había hallado al parecer. En esta ocasión se dibujó un plano con arreglo —se dice— a dichos cimientos, que por lo menos permite conocer las dimensiones horizontales de la obra desaparecida, según la vieron o creyeron verla entonces; el alzado anejo es menos útil, pues se sujeta a un tipo neoclásico convencional, y por lo demás no sería ya posible adivinar el original. Insisto en que ahora no pudimos distinguir nada en el terreno, ni el menor rastro de cimiento.

Es difícil precisar el momento en que el culto de San Marcial cesó en este lugar, pues, sin darse cuenta de que cuando esto ocurrió fue trasladado a otro lugar más seguro, hay quien invoca testimonio de la existencia de una ermita de esta advocación en la Isla para dar por demostrado que es la levantada de orden de Juan de Béthencourt (así, la mención de la presencia del Ilustrísimo Dávila varios días en ella en 1735); ¡una ermita de San Marcial, con culto regular, existe actualmente todavía! Es la iglesia o ermita de Femés, llena de curiosos exvotos marineros, a poco más de 7 km. de Rubicón, pero con un desnivel de 350 m. por encima. A raíz de algún asalto pirático, que puede ser ya anterior al de 1593, primero del que tengo noticia, la ermita sería abandonada; Nicolás Hernández atribuye su ruina a los «moriscos», acaso con aviesa intención de culpar a los cautivos de origen africano que en su tiempo constituían gran parte de la población de la Isla.

Tal vez, al contrario, los confunde con los «moros», que ya en este tiempo habían raziado la Isla, pero, en cuanto sabemos, en partes más prometedoras de botín que estas desiertas playas del sur. En aquel año 1593 desembarcó en Rubicón la tripulación de dos naos inglesas, y fueron éstos, y no los moros, al parecer, los que derribaron la ermita de San Marcial y se llevaron la madera de ella, después de haber deshecho el altar. Lo cierto es que fue el Ilustrísimo Cámara y Murga, según rezan sus mismas sinodales impresas en 1631, quien, en ocasión de visita, dio orden de desacrar la ermita y trasladar el culto de San Marcial, tierra adentro, seguramente a Femés, donde ha persistido, y no sin peligros; en efecto, las menciones posteriores de ese culto deben entenderse de su iglesia de Femés, y entre ellas todavía las hay poco gratas; los moros de los jabeques argelinos que en 1749 hemos dicho dismantelaron la Torre del Águila se internaron tierra adentro, según nos cuenta Viera, y quemaron la ermita de San Marcial. No hay que extrañar que hasta avanzado el siglo XIX (recuérdense además los volcanes de Lanzarote, de 1733 hasta la última explosión de 1824) nadie pensase en reconstruir la perdida ermita, a lo que también se oponían los intereses creados en torno a la nueva, mejor situada para el resto de la Isla.

En realidad el estímulo para recordar estos lugares no vino del castillo ni de la ermita, sino de los pozos de San Marcial, más necesarios en aquel desierto, cuando se trató de poblarlo o repoblarlo. Así lo revelan unas curiosas noticias que, procedentes de los papeles de don José Agustín Álvarez Rixo, ha tenido la bondad de copiarnos y remitirnos don Telesforo Bravo (a quien se los facilitó don Julián Fernández Calzadilla y doña M. P. Álvarez, nieta de Álvarez Rixo). Dice así este curioso del siglo pasado (las notas que van al pie son nuestras):

«El Eco del Comercio», N° 1.734 de 26 de Agosto de 1868, al copiar un artículo que publiqué en «El Time» N° dice de esta manera. Nuestro apreciable colega «El Time», de Santa Cruz de La Palma, publica el siguiente curioso artículo.

Manantial descubierto en Lanzarote. En consecuencia de lo manifestado por algunos periódicos de la provincia referente al descubrimiento de un manantial de aguas en las inmediaciones de Papagayo y torre de

Águila o Rubicón en la isla de Lanzarote, copiamos una nota que se halla en relación de cierta curiosa visita hecha al Puertecito de Papagayo el 17 de Mayo de 1815, que dice así:

«También vimos el barranco denominado del Agua por los antiguos porque tal vez entonces habría allí algún remanente qe. surtiere de agua a los inmediatos conquistadores alojados en la torre de Rubicón. Pero hoy está aquel sitio tan seco como todo lo demás; creo que con las convulsiones y trastornos geológicos ocasionados por los repetidos volcanes que fatigaron la isla de Lanzarote desde 1733 a 37 cesaría este benéfico manantial si es que no filtra por debajo de la mucha arena aluvial que cubre el lecho del barranco.¹

Acaso será reaparecida esta dicha agua un poco más acá o más allá del sitio primordial? O estará ahora impregnada de sustancias que en la antigüedad no tenía? todo puede ser; y hemos reparado que nadie se haya acordado del nombre del mencionado Barranco del Agua, no obstante que hasta el día lo retiene.² J. A. A. R.

En el mismo número N. 1.734 del Eco ofrece para uno de los números siguientes la relación de cómo y cuándo fue vuelta a descubrir esta agua por D. Ramón Delgado; y debe ser en el N° 1.736 de principio de Septiembre de 1868.

Dicha relación es bastante curiosa: Pues habiendo desembarcado por una playa o puertecito nombrado Aefé³ en aquella parte S. O. de Lanzarote a principios de Agosto de 1868 se internó un poco en el país y acertó a ver unas mugeres que iban a labar ropa hacia una depresión o cañada que formaba allí el terreno; se dirigió allá e inspeccionó el manantial, que estaba situado entre unas lomas o cañada antes llamada de S. Marcial conociéndose haber sido de antiguo servicio, porque tiene una pozeta redonda tajada en la peña y una bóveda de arquitectura que se interna en el terreno (había [¿hacia?] otros dos pozos más adentro [? ilegible] cuya bóveda fue recientemente descubierta en virtud de escavación hecha pr. el Ayunt° de Femés, estimulado parece por las observa-

¹ Los trastornos volcánicos no afectaron en ningún momento a esta zona del sur de Lanzarote.

² El nombre Barranco del Agua no lo he oído ni visto escrito, pero puede tomarse como variante de Barranco del Pozo o de Los Pozos, formas que alternarían en boca de la gente. Naturalmente que el agua no corrió nunca por el lecho —de no ser en ocasión de aguaceros extraordinarios—, pero la vena subálvea, más o menos abundante, no habrá desaparecido nunca.

³ La Playa de Las Coloradas de los mapas fue llamada de Afe por nuestro guía, como dijimos arriba. ¿Será esta misma de Aefé?

ciones que hubo de hacerle Delgado).⁴ Mas como Delgado no es arqueólogo no nos dice en qué fecha ni por quién pudo haber sido construida aquella obra⁵ (que seguramente hubo de ser por los conquistadores normandos) y a dicha poseta van todavía las mugeres de los campos vecinos a labar la ropa. D. Ramón Delgado que iba con sed bebió de aquella agua, y por propia experiencia conoció que tiene la cualidad de ser muy diurética y así la recomendó a un su amigo suyo a quien le fue de bastante provecho para el achaque que padecía.

Habiendo caminado un poco más arriba encontró una pequeña y vieja cruz⁶ de madera con un mal [?] cerco de piedra seca; y preguntando a las mugeres qué significaba o por qué razón estaba aquella cruz en aquel sitio solitario? le dijeron que era la señal que habían dejado los antiguos del punto donde estuvo la primera catedral⁷ de S. Marcial de Rubicón. Entonces Delgado concibió la piadosa idea de señalar aquel punto de una manera más digna; y vuelto a su casa y pueblo de Arrecife, hizo hacer una buena cruz⁸ que algunos meses después a 3 de Mayo de 1868 condujo el mismo (en su barco a la Papagayo) y al lugar de Femés, jurisdicción a que pertenece aquel término cuyo párroco aprobó el pensamiento y bendijo dicha nueva cruz y con (el Ayuntamiento) descente pompa civil y eslesiástica la colocó en el dicho sitio de la antigua, sobre un modesto basamento de mampostería que el mismo Delgado (ofreció) costear.

Éste es el resumen de su relación y merece público agradecimiento por haber hecho revivir este patriótico e histórico recuerdo.

⁴ Esto es confuso y contradictorio: de un lado las mujeres acudían al manantial al llegar Delgado en agosto del 67; de otro lado la fábrica de acondicionamiento del mismo fue «descubierta» por el ayuntamiento a ruegos de Delgado mismo. Acaso hay que entender que las mujeres se servían del agua extraída por la boca superior del pozo y Delgado hizo abrir la rampa, probablemente entullada por la arena, y así se puso de manifiesto la bóveda.

⁵ ¡Es mucha la confianza de este narrador en los recursos de la *arqueología profesional!*

⁶ Si no fuese por lo de *vieja*, pensaría que esta cruz la colocó el párroco de Yaiza (¿o de Femés?) en 1862, apenas cinco años antes, cuando *descubrió* el lugar e inició las gestiones para reconstruir la ermita, de todo lo cual nada sabía, al parecer, el *descubridor* de 1867. Pero, si realmente era vieja, procedería del momento en que el culto fue retirado canónicamente de este lugar, de orden del obispo Cámara. El «cerco», ¿serían los cimientos aludidos en 1862?

⁷ Esta palabra *catedral*, inusitada sin duda entre aquellas lavanderas, nos advierte de la arbitrariedad, por lo menos de lenguaje, del autor de estas noticias.

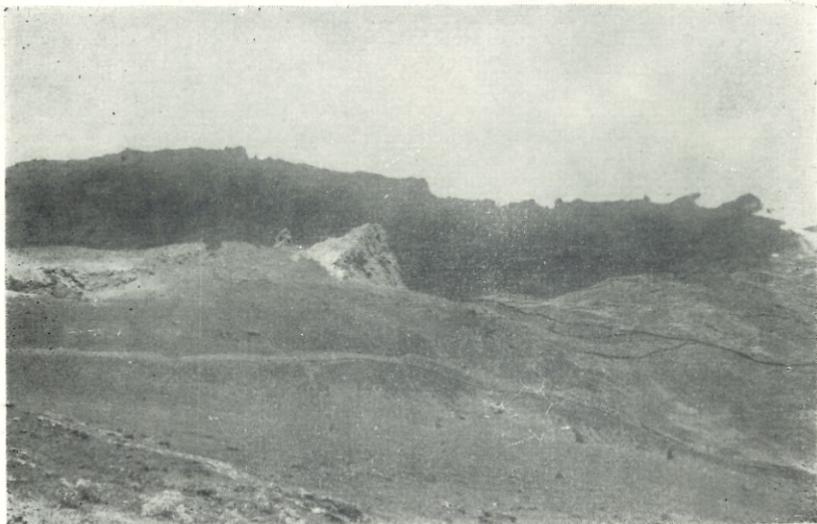
⁸ Ésta es la que hoy subsiste, y las iniciales que lleva, R. D., son las del donador,

Siguen todavía datos muy vagos sobre el contenido mineral de las aguas, que no nos interesan en este momento, y largas reflexiones y comentarios de don José Agustín, que no hacen al caso y que a menudo demuestran una gran desorientación, como atribuir la pobreza vegetal de aquellos parajes a la acción de los conquistadores, inclinarse a creer que la cruz primera correspondería a alguna sepultura, ¡y acusar de todo ello a los lanzaroteños!

Esto en cuanto a la desaparecida iglesia y a los pozos, que en realidad son lo único bien conservado de la época del establecimiento francés que buscamos y que exigen un más completo estudio. Del castillo nadie habla, desde 1602. En mi primera visita, el Sr. Tarquis vio una piedra escuadrada en la cresta de la derecha del barranco; en la segunda ni eso supe hallar. En la Memoria de J. de C. Serra-Ráfols se explica cómo en el único y reducido lugar donde no aflora la roca viva, un espacio terroso en el extremo del lomo más vecino al mar y en parte roído por éste en las mareas gruesas (pues de ordinario queda una franja de playa al pie de la colina), se abrió una zanja de exploración que en seguida dio resultado, al interferir un muro de 0,90 m. de grosor y una altura conservada de 0,50, y cuya cima, disimulada por unos centímetros de tierra y arena dura, estaba al mismo nivel del relleno de las cámaras que el mismo muro cerraba.

¿Cuándo fue destruida la torre y por quién? Sabemos de ella menos que de la iglesia. Cabe pensar que el arrase de la obra fue hecho por los mismos lanzaroteños, deseosos de borrar para cualquier merodeador de la mar todo rastro de vida humana en lugar donde precisamente hay una buena aguada. Es probable que el «castillo», más cercano y visible de la mar que la ermita, desapareciese antes que ésta. El aprovechamiento de los materiales visibles consumió la destrucción.

Para cerrar este prefacio a la Memoria técnica, repetiré la lista de episodios conocidos que ya apunté en un artículo periodístico en «Diario de Las Palmas», completada ahora con algunas referencias más. Quien conozca otras, bien documentadas, puede intercalarlas, y, si quiere darlas a conocer en estas páginas, serán agradecidas.



1.—Roque de Teneguía, La Palma, visto desde el borde del Volcán de Fuencaliente. Los grabados están en la cara plana superior de lo que emerge del Roque entre las lavas del Volcán

Fot. T. Bravo, Junio 1960



2.—Grupo de espirales en el Roque de Teneguía

Fot. L. Diego Cuscoy, 1960





3.—Barranco de Tejeleita, Isla del Hierro. Grupo de inscripciones alfabéticas

Fot. L. Diego Cuscoy, 1960



4.—Julan, Isla del Hierro. Grabados

Fot. L. Diego Cuscoy, 1960



5.—«Quesera» del Jameo del Agua, Lanzarote. Las rocas numeradas 1 y 2 son trozos de canales desmontados, núm. 3 la «quesera»

Fot. López Socas, 1960



6.—«Quesera» del Jameo del Agua. Canal tallada en compartimentos, todavía no retiradas todas las piedras que cubrían la obra

Fot. López Socas, 1960





7.—«Quesera» del Jameo del Agua
Fot. López Socas, 1960



8.—«Quesera» de Zonzamas

Fot. Tarquis, 1959



9.—«Quesera» de Zonzamas, Lanzarote

Fot. Tarquis, 1950





10.—Torres de Lara, Fuerteventura. Detalle de los cubículos interiores, reservados en el grueso del muro

Fot. Tarquis, 1959



11.—Playa de los Pozos de San Marcial, Lanzarote. Primer término, cerro donde se escondían los restos del Castillo de Rubicón; al fondo, casas y Punta de Papagayo

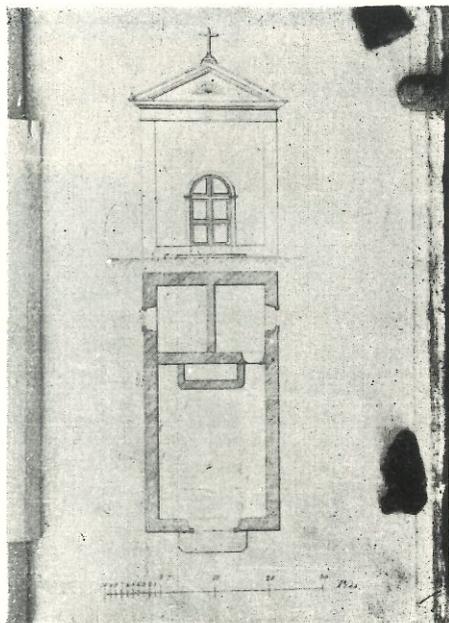
Fot. Tarquis, 1959, antes de la excavación



12.—La Cruz de San Marcial, Rubicón, Lanzarote
Fot. E. Serra, 1959



14.—Excavación del Castillo de Rubicón, Lanzarote
Fot. J. Serra, 1960



13.—Planta y alzado dibujados en 1868
para reconstruir la ermita de San Marcial,
Rubicón, Lanzarote. Archivo Parroquial de Yaiza

Fot. Tarquis, 1959





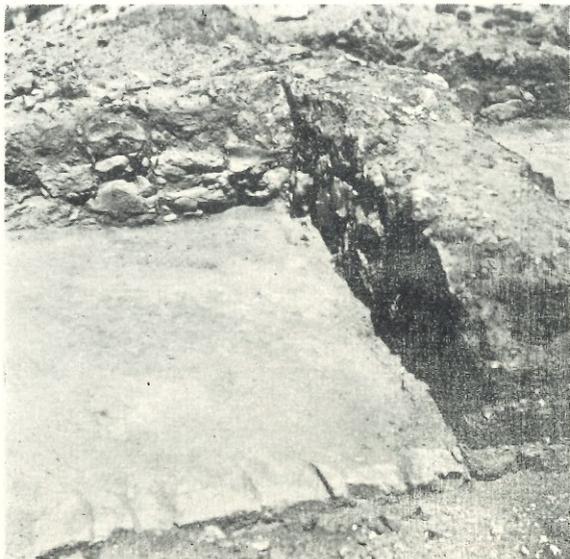
15.—Papagayo, Lanzarote. Casa de la que han sido arrancadas las esquinas de piedra, para reaprovecharlas

Fot. J. Serra, 1960



16.—La zanja que reveló los restos del Castillo de Rubicón, Lanzarote

Fot. J. Serra, 1960



17.—Cámara W del Castillo de Rubicón, Lanzarote

Fot. J. Serra, 1960



18. -Cámara E del Castillo y extremo del muro de separación de ambas cámaras

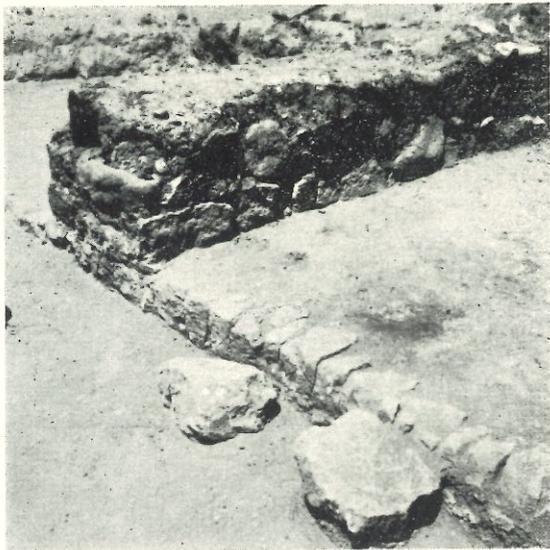
Fot. J. Serra, 1960



19.—Descenso al pozo primero de San Marcial, Rubicón, Lanzarote, cerrado el arco de entrada al aljibe, según se hallaba en 1959

Fot. Tarquis, 1959





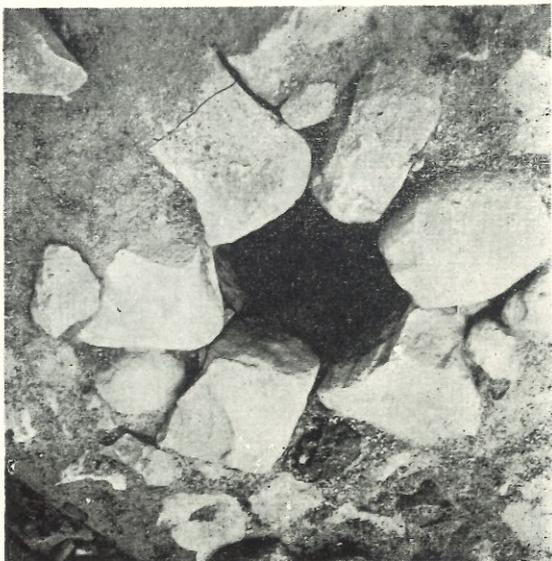
20.—Castillo de Rubicón. Muro de separación de las cámaras y escalón de entrada a las mismas

Fot. J. Serra, 1960



21 —Pozo superior de San Marcial. En las piedras interiores se ven señales del roce de las cuerdas.

Fot. J. Serra, 1960



22.—Boca del pozo de San Marcial inmediato al Castillo

Fot. J. Serra, 1960

- 1402, verano.—Juan de Béthencourt funda el castillo de Rubicón, según *Le Canarien*, II, pág. 31, ed. del Instituto de Estudios Canarios.
- 1404, julio.—Juan de Béthencourt y Gadifer de La Salle informan a Benedicto XIII de que en el castillo hay una iglesia dedicada a San Marcial, y en Marsella expide el Papa su bula erigiendo aquella iglesia en catedral y el castillo en ciudad. Apud dicha bula.
- 1406.—Juan de Béthencourt reúne a su gente en el castillo y dispone, al partir para Francia, que Jean le Maçon, su maestro de obras, levante en Rubicón una iglesia, a cuyo fin señala rentas. Apud *Le Canarien*, Ms. de Juan V.
- 1407.—La iglesia de Rubicón ha sido levantada, según el mismo *Le Canarien*.
- 1502, 17 noviembre.—Sancho de Herrera, señor de Lanzarote, hace merced a Juan de Saavedra, su sobrino, de un solar y un pozo en Rubicón, que se dice Montaña Roxa. Original protocolizado ante Juan de Ascanio, escribano de Lanzarote, año 1639. Juan de Saavedra era hijo natural de Pedro Hernández Saavedra y de una mora cautiva, y padre de Ana Viciosa, señora de la isla de Santa Clara.—Datos facilitados por el Dr. Ciorănescu.
- 1593.—Desembarca en Rubicón la tripulación de dos naos inglesas, que derriba la ermita de San Marcial, se lleva la madera y deshace el altar.—Dato facilitado por el Dr. Ciorănescu.
- 1602.—Nicolás Hernández, testigo jurado, describe el lugar y dice que cuando él lo vio tanto la ermita como la torre se hallaban derribados, pero quedaban muros de ellos. De información notarial publicada por don Sergio Bonnet.
- 1631.—Se editan en esta fecha las sinodales de la diócesis de Canaria por el Ilmo. Sr. don Cristóbal de la Cámara y Murga, en las que consta que con ocasión de la visita pastoral de uno o dos años antes dispuso Su Ilustrísima el traslado de la imagen

y culto de San Marcial desde la ermita de Rubicón a cinco leguas al interior, para evitar nuevas profanaciones.

- 1638, 21 enero.—Proceso eclesiástico contra Marcial de Saavedra, vecino de Lanzarote, por haber enterrado un niño sin asistencia ni consentimiento del cura, en la ermita de San Marcial de Rubicón. Resulta de la pesquisa que antes había enterrado allí otro niño, «Don Gonzalo».—En el Archivo Episcopal.
- 1735.—El Ilmo. Dr. Dávila permanece varios días en la ermita de San Marcial. Debe entenderse en Femés.
- 1741.—El Comandante Militar de Canarias general don Antonio Bonito Pignatelli manda construir, según planos del ingeniero Claudio de Lisle, la Torre del Águila, que queda a unos tres km a poniente de Rubicón.
- 1749.—Dos jabeques argelinos queman la Torre del Águila e, internándose tierra adentro, queman también la ermita de San Marcial en Femés.
- 1769.—El Comandante Militar don Miguel López Fernández de Heredia manda restaurar Torre del Águila, según planos del ingeniero Alonso de los Ángeles, y hace colocar una lápida alusiva.
- 1815, 17 de mayo.—Unos curiosos desembarcan en el Barranco del Agua, junto al puertecito de Papagayo, y lo encuentran seco. Al parecer no vieron los pozos, que se hallarían cubiertos de arena. De un artículo de don Agustín Álvarez Rixo en «El Time», reproducido en «El Eco del Comercio» de 26 de agosto de 1868.
- 1862.—El Párroco de Yaiza descubre casualmente las ruinas de la ermita de San Marcial de Rubicón, que los pastores le identifican, y gestiona su reconstrucción siguiendo su misma planta, a cuyo fin hace dibujar un plano y alzado.—Archivo Parroquial de Yaiza.
- 1867, principios de agosto.—Don Ramón Delgado, de Arrecife, desembarca en la playa de AEIFÉ en el suroeste de Lanzarote

y ve cómo unas mujeres lavan ropa en una hondonada de aquella región, donde existe un manantial con una bóveda bajo tierra, obra que él posteriormente hace *descubrir* por el ayuntamiento de Femés, al que corresponde el término. De otro artículo en «El Eco del Comercio», de principio de setiembre 1868.

1868, 3 de mayo.—Abandonado acaso el propósito del párroco de Yaiza (?) de reconstruir el templo, en cambio don Ramón Delgado hace tallar una gran cruz de madera que, bendecida por el párroco de Famés (?) y con acompañamiento civil, es llevada y fijada en un zócalo en Rubicón, en el lugar donde estaba una cruz pequeña y vieja, que según las mujeres antes citadas señalaba el lugar de la antigua catedral del obispado de Rubicón. Todavía subsiste la cruz de don Ramón Delgado.

1880, 9 de mayo.—Don Antonio María Manrique, el ilustre notario de Lanzarote, publicista y defensor de los derechos de España en África, hace con unos amigos una gira al sur de Lanzarote, que él llama Rubicón, y visita la cruz colocada 12 años antes por Delgado; no se refiere al castillo, que sigue confundiendo, como todos, con Torre del Águila, y en conjunto su relación carece de precisión topográfica, cosa tanto más de lamentar cuando este autor era muy concreto en otras ocasiones (de él es el mejor o acaso único plano que ha quedado de Puerto Cansado, y, caído aquel país de nuevo en manos de la morisma, no podrá ya ser repetido). La relación de Manrique se publicó en la «Revista de Canarias», de Santa Cruz de Tenerife, II, núm. 35, p. 132; luego en «Revista de El Museo Canario», 1ª época, t. I, pág. 320, 1880; y reproducida hace poco en «Diario de Las Palmas», de 20 de enero de 1960, tras una introducción no firmada de un periodista que se ve se halla muy afectado por el hecho de que el Sr. Tarquis y yo hubiésemos localizado una vez más el lugar de Rubicón.

1940.—Bajo la dirección, según creo, del general don José Pinto de la Rosa, se abren, en lugar muy inmediato al castillo que luego descubrimos, varias trincheras y se construyen algo más



lejos otras obras militares de campaña, pero afortunadamente no afectaron a los restos que buscábamos.

1957.—Con motivo de una gran sequía son reparadas a costa del Cabildo Insular de Lanzarote las «fuentes» o pozos del Barranco de los Pozos de San Marcial.

1959, fines de noviembre.—En busca del castillo de Rubicón visitamos el lugar don Miguel Tarquis y yo, y por la topografía, principalmente, decidimos que el castillo tiene que estar en la loma derecha del Barranco de los Pozos.

1960, fin de abril.—El arqueólogo don José de C. Serra-Ràfols, en compañía de este Delegado de Zona del Servicio de Excavaciones y de algunos jóvenes de Arrecife, organizadores del Museo del Castillo de San Gabriel, realizan la excavación que pone a luz los restos del castillo, cuya Memoria sigue; pero nada hallamos de la iglesia, si no es la cruz conocida y enterramientos de su cementerio a poniente; ni tampoco hicimos estudio suficiente de los pozos. Posteriormente se ha colocado en los restos del castillo un cartel indicador.

3. Memoria de la excavación del Castillo de Rubicón (abril de 1960)

Por José de C. SERRA-RÀFOLS

La vaguada de los Pozos de San Marcial ofrece una topografía suave. La altura, de pocas decenas de metros, de las pequeñas colinas que la forman, va descendiendo a medida que se aproximan al mar, incluso en relación con la del lecho de la misma vaguada. Llamaremos «barranco» a esta vaguada, para atenernos a la denominación usada en el país, pero este nombre no ha de inducirnos a pensar en una topografía áspera.

En la vertiente izquierda se alza una colina en la que se eleva una cruz sostenida sobre una peana de piedras y que indica la situación de la antigua iglesia, la Catedral de Rubicón. Puede decirse que por esta vertiente es la penúltima elevación en dirección al mar; entre ella y la playa queda otra de altura semejante, en la que no supimos ver resto alguno; en la vaguada que las separa y a 34 m de la cruz, descubrimos un murete de escasa entidad, que la cruza y se extiende en una longitud de 2,60 m, y que puede ser antiguo. Tiene un grosor de 0,70 m y está formado por dos filas de piedras opuestas unas a las otras y con una sola hilada de altura (unos 0,30 m). Son piedras sin escuadrar, pero escogidas en forma que se presentan más o menos careadas, y además casi todas ellas ajenas al lugar.

Los restos de la iglesia

La colina que ocupó la iglesia presenta una plataforma suficiente para una edificación de las dimensiones señaladas en los planos citados en la parte histórica, y que dicen seguir las líneas de la primitiva construcción. En ellos se dibuja una planta rectangular de unos $15\frac{1}{2}$ m de longitud, por algo más de 8 m de latitud, mientras aquélla mide unos 20 m de ancho por 30 m de largo. Pero en ella aflora la roca por todas partes, sin que las catas practicadas diesen el menor resultado. Existe, empero, formando la peana o base de sustentación de la cruz, una masa de piedras dispuestas en forma tendente al cubo, formando un volumen de $2,10 \times 1,60 \times 1,50$ m, más o menos ensambladas con mortero. Entre ellas hay muchas bien escuadradas y con adherencias de mortero más antiguo, y otras encajadas y con restos de pintura, dibujándose vagamente en alguna como letras pintadas muy borrosas e indescifrables. En una exploración exhaustiva no estaría de más deshacer este montón de piedras para ver si en su interior hay alguna labrada o pintada.¹

El cementerio

A espaldas del lugar de emplazamiento de la iglesia, en dirección opuesta al barranco de los pozos, nos dijeron aparecían huesos humanos. Allí, a 20 m aproximadamente de la cruz, en un nivel inferior, existe una leve depresión que queda entre la plataforma ocupada por aquélla y otras cimas bastante más elevadas que quedan en dirección al NE. Siguiendo aquella indicación, practicamos diversas catas; las realizadas a mayor distancia no dieron resultado, pero en la efectuada a la indicada de 20 m, a una

¹ Pero debería de hacerse *sub conditione* de reconstruirlo, ya que sin ello se borraría la última memoria material que recuerda todavía la catedral de Rubicón. La cruz allí erigida es de madera, y en una placa de metal sujeta con clavos se leen las iniciales R D y la fecha de 1868. La sequedad del clima ha permitido la conservación de esta cruz sumamente frágil. Habría que velar para que no desaparezca.

profundidad de 0,30 m, descubrimos un esqueleto bastante bien conservado, puesto extendido boca arriba, orientado de NE a SW. Esta depresión está ocupada por tierra tan arenosa, que puede decirse es arena verdadera, acarreada allí por el viento desde la playa vecina. Así que era arena aquello que cubría el esqueleto, que no estaba protegido por piedra alguna ni iba acompañado por objeto ninguno.

Prolongada la cata hacia el SW, apareció un segundo esqueleto, en condiciones análogas, pero con el cráneo parcialmente aplastado, y tenemos la sensación de que sería fácil descubrir otros, cosa a la que renunciamos, ya que sólo intentábamos comprobar que hubo allí un cementerio, relacionado seguramente con la iglesia, de cuya existencia había ya referencia histórica. Sobre este cementerio hay que consignar todavía algunas observaciones: las tumbas están abiertas en una capa de tierra ligeramente más compacta que aquella que las cubre, y al excavar se distingue perfectamente el perímetro de las fosas en que han sido depositados los cadáveres; establecido el cementerio en un declive, aunque no sea muy pronunciado, las aguas, caso de discurrir en abundancia en alguna ocasión, fácilmente exhumarían los esqueletos tan sumariamente protegidos, lo que ha acontecido varias veces, según nos refirieron personas del país; estos solos restos no permiten una cronología de las tumbas; por los datos históricos pueden suponerse de tiempos desde la erección de la iglesia hasta el siglo XVII, en que sabemos se prohibían los sepelios, o sea entre los siglos XV y XVII. Como no sea para el estudio antropológico, no creemos de mayor interés excavar esta necrópolis, ya que resulta poco probable que aparezcan en ella objetos que permitan precisiones cronológicas o culturales. Nosotros, faltos de medios para proceder en otra forma, nos limitamos a recoger los cráneos y los huesos largos de los esqueletos descubiertos.

El castillo

El día 28 de abril de 1960, siguiendo las indicaciones históricas mentadas, recorrimos detenidamente los diversos cerros que

forman la vertiente derecha del barranco de los Pozos de San Marcial, frente al ocupado por la cruz indicadora de la iglesia, desde los que quedan ante ella y un poco más arriba, hasta el más próximo al mar, sin encontrar en ellos resto alguno de construcciones. Recogimos todos los fragmentos cerámicos que nos fue dable encontrar, cuatro nada más, todos ellos de aspecto moderno y desde luego ninguno perteneciente a la cultura indígena insular anterior a la conquista europea. Hay que advertir que estos fragmentos son mucho más abundantes en el cauce del barranco que en los cerros, cosa natural por ser aquél mucho más transitado.

Este primer intento nos descorazonó bastante, pero la precisión de los documentos históricos nos obligó a una nueva rebusca. Después de un segundo recorrido negativo, decidimos efectuar unas catas en el extremo del cerro más próximo al mar, encima mismo de la playa, unos 15 m sobre ella, inducidos por dos razones: porque era aquél el lugar que por su situación más se conformaba con aquella que a priori debía tener el castillo, dominando ampliamente la playa, cosa que no se consigue desde los cerros situados más hacia el interior, a pesar de ser unos metros más elevados; por aparecer en él un manto de tierra que aquí ocultaba la roca grisácea deleznable que forma la armazón de estas colinas, que en cambio asomaba descarnada en todas las otras partes del cerro.

Trazamos pues, en él una trinchera cortándolo de levante a poniente, y a poco se puso al descubierto un muro, que estaba totalmente enterrado, conviene decirlo, aunque su parte superior lo quedase muy escasamente (10 a 20 cm). En esta forma se puso a luz del día una construcción incompleta, pero suficientemente expresiva para que se pueda afirmar se trata de los restos casi milagrosamente conservados del castillo de Rubicón, y no los de una construcción corriente, por ejemplo una casa ordinaria.

A pesar de su sencillez, los restos descubiertos superan las de todas maneras acertadas previsiones que sobre lo que podía ser el castillo de Rubicón hizo Rumeu de Armas: «tosco castillete de piedras y barro».¹

¹ ANTONIO RUMEU DE ARMAS, *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*, Madrid, 1947, vol. I, pág. 15.

Se trata realmente de un castillete, o simplemente de una «torre», tal como la denomina el testigo de la *Información* de 1602, que vio sus restos, pero sus piedras están unidas con mortero, ciertamente pobre de cal y abundante en arena, mientras que las paredes estaban enlucidas, también con mortero, pero más fino y descargado de arena. En dos puntos se conservaba este enlucido, realmente muy reducidos, pero suficientes como muestra. Son los indicados con una e) en el plano, en el ángulo NE de la cámara occidental, y en un punto del peldaño de entrada a la oriental.

Lo descubierto es la mayor parte de dos estancias contiguas, de planta cuadrangular, abiertas en toda su anchura por el lado S (exactamente SW), a las que se ascendía por un escalón, formado por una serie de piedras planas, más alto el de la cámara E. No son exactamente iguales, ya que la cámara W mide 3,10 m de ancho \times 2,70 m de fondo, y la E 2,35 m de ancho \times 3,20 m de fondo. El suelo era simplemente de tierra apisonada, cosa la más frecuente en las construcciones de la época, incluso en otras mucho más ricas y edificadas en lugares menos apartados, de clima menos suave y elevadas en condiciones menos azarosas. Los muros, el mejor conservado de los cuales es el que separa las dos estancias, del que se conservan hasta tres hiladas de piedras más o menos escuadradas y puestas con una relativa regularidad, están formados con materiales que en su mayor parte proceden de unas canteras situadas en el barranco llamado de Las Pilas, a unos 10 km de distancia. Con ellas se forman los paramentos externos de los muros, y si éstos no llegan a tocarse, el espacio sobrante se rellena con piedras irregulares, tierra y mortero flojo. El muro central tiene 0,90 m de grueso; de los del fondo y de uno de los laterales sólo se conserva la parte interna, ya que la externa se ha desmoronado, pero siguen la misma técnica de revestimiento de piedras de los paramentos; algunas de ellas han sido arrancadas, pero ha quedado bien visible su asiento. Es muy posible que estos muros externos fuesen de mayor grosor, pero todo su paramento exterior ha desaparecido.

Estimamos que estas estancias descubiertas formaban el núcleo central de la construcción y que, precediéndolas, debía de haber un patio, a un nivel 0,30 m más bajo, que es probable tuviese un muro

de cerca, que ocuparía la anchura de ambas y desde el que se entraría en ellas. Detrás de estas cámaras aflora ya la roca, y si por allí, como es posible, se extendía el castillo, no han quedado restos de él. El grosor de los muros, posiblemente mayor el de los exteriores que el del centro, mejor conservado, tal como hemos dicho, permite perfectamente la cobertura con bóvedas, y para pensar que éste fue el sistema usado tenemos dos motivos: la extremada escasez en la Isla de madera de las dimensiones necesarias, y el uso de bóvedas muy bien construidas, tal como las veremos en el principal de los pozos del barranco, que estimamos contemporáneo del castillo.

¿Sobre el cuerpo formado por las dos estancias descubiertas había simplemente una terraza o se alzaba un cuerpo superior? Nunca lo sabremos, pero no hay que excluir esta segunda posibilidad. En ambos casos lo más probable es que se llegase a la parte alta por medio de una escalera de madera.

La «desaparición» del castillo y de la iglesia

Ahora bien, ¿cómo han desaparecido los restos del castillo y también los de la iglesia? El abandono y subsiguiente ruina del primero debió producirse desde el momento en que, conquistada Fuerteventura, dejó de tener interés militar. Ubicado en uno de los lugares menos amables de Lanzarote, deja pronto de hablarse de él. En 1602 no quedaban sino restos visibles. Pero una vez abandonado, aunque se arruinase, sus piedras debían de haber quedado allí. Tal es lo que creíamos al buscar sus restos en aquellos cerros: encontrar en superficie unos montones de piedras más o menos cubiertos por la arena acarreada por el viento y la escasa maleza que permite el clima. ¿Cómo tales piedras han desaparecido y sólo han quedado las partes más bajas de la construcción central, y todavía enterradas por aquellas arenas de origen eólico? El proceso de la ruina del castillo se explica fácilmente. Los muros exteriores del cuerpo central y los del supuesto patio con escasos cimientos, construidos al filo mismo de la pendiente, se

derrumbarían por ésta, por poco que los agentes naturales, el viento especialmente, los socavase, y su caída determinaría la de las bóvedas. Pero el hecho es que estos materiales de derribo no están allí. Sencillamente creemos que han sido utilizados en otras construcciones, y que lo mismo debió pasar más tarde con los que formaron la Catedral de Rubicón.

La piedra no abunda en el lugar, ya que la muy deleznable que forma la masa de los cerros no es apropiada para la construcción, y por lo tanto es muy estimada. Ya hemos dicho que nuestros guías de la zona nos manifestaron que todas las piedras que exhumamos en el castillo, más las que se conservan de la iglesia formando la peana de la cruz, proceden de unas canteras del barranco de Las Pilas. Es probable que las piedras del castillo se aprovecharan primero en la iglesia y construcciones que debía tener anejas, y los últimos restos de aquél y las de ésta, al abandonarse más tarde, pasasen al cercano poblado de Papagayo, situado a unos 600 m al S (en línea recta). La prueba clara de este traslado de materiales nos la ofrece precisamente este poblado de Papagayo. Habitado hasta hace unos diez años, desde esta fecha ha sido progresivamente abandonado, hasta no quedar en él ninguna casa habitada, y toda su población ha pasado a Playa Blanca a 5 km al W. Pues bien, en Papagayo, de muchas de las casas han sido arrancadas todas las piedras que formaban las esquinas y los marcos de puertas y ventanas, y seguramente otras piedras cuya falta no es tan visible, y ahora mismo estas ruinas recientes son cantera de materiales para los habitantes de Playa Blanca. Lo mismo debió acontecer con las construcciones de Rubicón, primero con el castillo, después con la iglesia, hasta sólo dejar *in situ* los restos enterrados, descubiertos ahora, más el pobre montón de piedras de la cruz, erigido en 1868.

La excavación

La excavación consistió en seguir las paredes y luego vaciar las cámaras hasta llegar a los pisos de tierra batida. Por el respeto

que merecían estas ruinas, de tan reducida extensión pero de tan ilustre historia, no se hizo más que una cata cruzando la tierra apisonada del suelo, debajo de la cual apareció la roca natural poco dura. En realidad no se investigó por debajo de las paredes mejor conservadas y sólo se excavó ligeramente al pie de ellas, viéndose que descansaban en el suelo más o menos nivelado pero sin existir verdaderas cimentaciones.

En cuanto a estratigrafía se observó lo siguiente. En contacto con el suelo aparecía una capa de tierra, de unos 5-10 cm de grueso, de color obscuro por contener buena cantidad de materia orgánica; encima venía otra conteniendo una gran cantidad de mortero de cal, lo que la daba una coloración gris blanquecina, con subzonas casi blancas por la mayor abundancia de este material; esta capa era en algunos sitios muy potente, de hasta 40 cm de grosor, en otros tenía menos, sólo 20-25 cm. Encima venía la tierra sumamente arenosa formada por los depósitos eólicos determinados por la proximidad de la playa y el fuerte viento reinante constantemente en estos cerros.

Interpretaríamos estos estratos de la siguiente manera. El primero como procedente de la ocupación humana del lugar, y el segundo como resto del hundimiento de las techumbres (bóvedas y azoteas) y paredes, que al ser aprovechada la piedra determinó el desprendimiento de gran cantidad del mortero de cal que las unió y recubrió. En estos estratos se hicieron algunos descubrimientos interesantes. En el inferior aparecieron escasos fragmentos de cerámica, pero ésta abundaba todavía menos en la capa con cal. Es toda ella cerámica hecha a torno, de origen europeo, ya sea importada ya fabricada en el país, pero siguiendo técnicas no indígenas, que por su fragmentación (no puede adivinarse ni una sola forma) y escasa personalidad no nos atreveríamos a clasificar ni a fechar.¹

¹ Además caen fuera de nuestra especialidad las cerámicas medievales y las de épocas más modernas, pero dudamos que un especialista, de existir, sacase gran provecho de su examen, ya que hemos podido apreciar que los entendidos suelen serlo por lo general en cerámicas decoradas, pero difícilmente en piezas ordinarias.

En el estrato inferior los restos hallados¹ son los siguientes:

Un fragmento del fondo plano de un vaso, con restos por la parte interior de barniz verdoso; debió de ser un vaso de paredes cónicas, con una forma algo así como una maceta; mide 95 mm de dimensión máxima y tiene un grosor de 10-12 mm.

Un fragmento del borde de un vaso de cerámica rojiza, de 45 mm de dimensión máxima y 12 de grueso.

Doce fragmentos, cuyas dimensiones máximas van de 50 a 143 mm, de pasta de color ocre amarillento, que no corresponden a fondos ni bordes, pero pertenecientes a diversos vasos; lo único que puede apreciarse en ellos es la escasa curvatura que presentan, lo que acredita pertenecen en su mayoría a vasos grandes, con grosores de pared de 6 a 11 mm.

En el estrato superior aparecieron cinco fragmentos del mismo grupo y características que los últimamente citados, y otro con barniz verdoso por su cara interna, de 50 mm de dimensión máxima, y muy rodado, tal como aparecen en la playa, de la que es probable proceda.

Otro hallazgo efectuado en el estrato con mortero es el de nueve fragmentos de este material, aplanados y lisos por una cara y en el que van mezcladas piedrecitas negruzcas (volcánicas), más abundantes en la superficie que en la masa; aquélla en la mayoría está bien afinada, pero en otros, entre ellos el de mayor tamaño (121 mm de dimensión máxima), es áspera. Su grosor es de 26 a 50 mm, y diríamos corresponden a un revestimiento, ya sea de una pared o techumbre, ya de un piso, inclinándonos a lo primero por el lugar del hallazgo, muy por encima del suelo.

Pero, por lo menos esta vez, ya que esto no suele acontecer en los yacimientos arqueológicos, más importantes que los hallazgos cerámicos fueron los hallazgos de hierros, que forman un grupo muy interesante y relativamente numeroso, dado lo reducido de la zona excavada. La mayoría aparecieron en el estrato con mor-

¹ También en este nivel se hallaron un cierto número de huesos de animales; algunos son de aves de corral, otros de cabra y, acaso, de cordero. No hemos conseguido una clasificación autorizada.



tero, sin que faltasen del todo en el inferior, y, planimétricamente, donde más abundaban era junto a las paredes del fondo.

Se trata en total de 36 ejemplares, sin contar una decena de fragmentos informes de pequeño tamaño. Todos ellos están herumbrosos, hasta el límite de ser en realidad masas de óxido cuyas formas revelan las de los hierros de que proceden.

La gran mayoría, 32, son clavos que se puede clasificar en la siguiente forma: 18 que debían ser de gran tamaño a juzgar por el diámetro de sus cabezas, ya que los vástagos, de los que todos conservan restos, están excesivamente rotos para apreciar la longitud que tenían originariamente, bien que se percibe que en la mayoría de los casos eran de sección cuadrangular. Todos son piezas trabajadas a martillo, de las cuales 9 tenían la cabeza cuadrada, con dimensiones de 30 a 43 mm de lado, y los otros con cabeza circular, con diámetros de 26 a 40 mm.

Siguen otros 14 clavos, la mitad de ellos de forma indeterminable, otros con cabeza pequeña, en general circular; de ellos un ejemplar se puede apreciar que tenían 92 mm. de longitud, y otro, torcido, tenía, 72 mm de largo, y la cabeza, circular, 20 mm de diámetro.

Los otros 4 hierros que no figuran entre los clavos son:

Una pieza cuadrada cóncavo-convexa, de 50 mm de lado y 20 de grueso.

Otra pieza de 55 mm de longitud, cruzada al parecer por un vástago.

Finalmente 2 piezas con doble cabeza, una de ellas de 70 mm de largo y la otra de 60; en ambas una de las cabezas es cuadrangular con 35 mm de lado, y la opuesta circular con 30 mm de diámetro (¿pernos de grillete?).

Esta inusitada abundancia de hierros, especialmente clavos, que en su mayoría estimamos destinados a ir clavados en las paredes para colgar en ellos objetos múltiples, y además pesados, a juzgar por el tamaño de muchos de ellos, como armas, arreos, herramientas, etc., tipifican la construcción en que han sido descubiertos, apartándola de la ordinaria habitación campesina. El hecho de que faltan piezas más típicas y voluminosas, como las mismas armas y arreos que de ellos debieran colgar, es natural en

una construcción que no fue objeto de un abandono súbito y violento, sino de otro intencional, en el que no quedaron sino algunos trozos de cacharros rotos y los clavos de la paredes, que cayeron al caer éstas, y que, ya demasiado herrumbrosos, no fueron aprovechados como las piedras de aquéllas.

Los pozos de San Marcial

Uno de los elementos más interesantes del conjunto arqueológico-geográfico de Rubicón son los pozos que han dado nombre al barranco, tomándolo ellos a su vez de la dedicación de la iglesia, y que se abren en su mismo cauce.

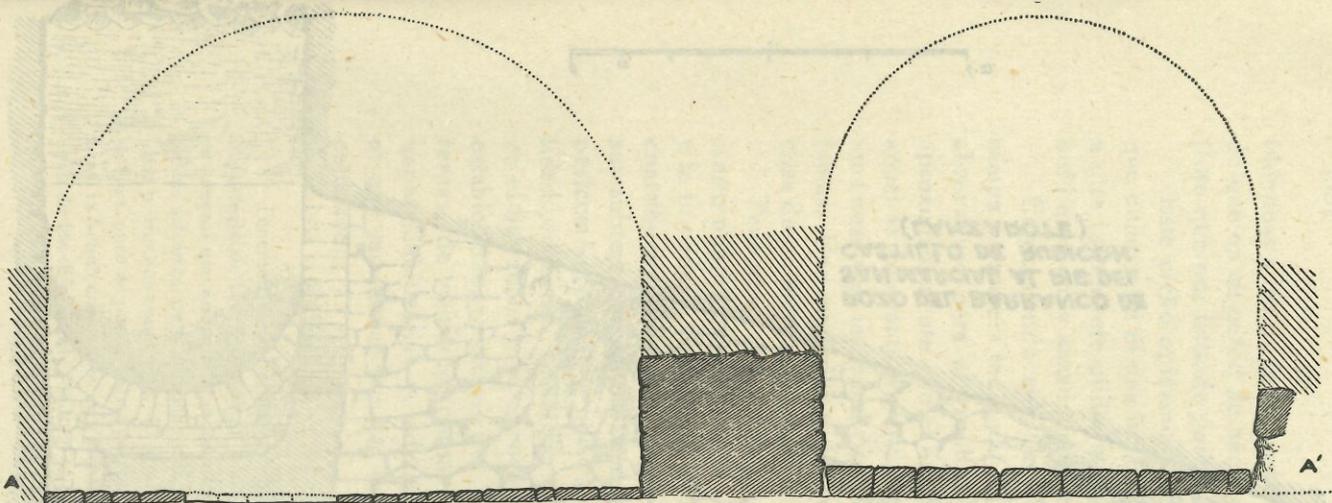
Son en número a lo menos de seis, varios completamente tapados y muy disimulados, sin que se pueda afirmar que todos sean realmente antiguos. Nosotros, a decir verdad, sólo estudiamos uno, y aun de manera harto incompleta, el situado más cerca del castillo y al mismo tiempo del mar, pero que, desde luego, es el más importante y que tiene unas características más notables. Tomamos también algunas notas sobre los dos situados inmediatamente más arriba, y que consignaremos también.

Pozo n° 1. Desde el castillo hasta este pozo hay una distancia que no llega a los 40 m, en pendiente bastante pronunciada, ya que si aquél está en la cumbre del cerro, éste se abre tal como hemos dicho en el fondo del cauce del barranco. Un murete en seco, moderno, pero que puede sustituir a uno de antiguo, defiende su boca, que se abre en una especie de plazoleta horizontal, en la parte de la dirección de las aguas, en el caso de producirse una improbable avenida. No tiene brocal, y sí sólo, a ras del suelo, seis piedras planas, puestas radialmente, que marcan su boca, que tiene poco más de 0,50 m de diámetro. El cilindro del pozo no tiene más de 1,75 m de longitud, ya que a esta distancia de la boca existe una interesante cámara abovedada, llena de agua, a la que se descende, por la parte opuesta, por una rampa cavada en el suelo arenoso y defendida a derecha e izquierda por sendos muros levemente ataluzados, hechos con piedra puesta aparentemente casi en seco y en hiladas muy poco regulares. Esta rampa, abierta, pues,

en dirección opuesta a la circulación de las aguas, estaba al efectuar nuestra visita medio colmada de arena. Agustín de la Hoz,¹ que ha visitado posteriormente el lugar, dice que es «una escalera de piedra de la misma calidad que la de sus paredes o sea tosca cantería de cal y canto». Si es así, la obra, una vez desenterrada, tomaría mucha más prestancia. Lo cierto es que con este descendido se baja al aire libre hasta la cámara citada, a la que se ingresa por un arco de medio punto muy bien construido dentro de una cierta tosquedad de materiales, pero en el que de todas maneras las piedras están bien talladas y perfectamente ajustadas, con la clave mayor que las demás dovelas, lo mismo en grueso que en longitud. Unos 0,30 m por encima de él corre una zona de piedras planas, también bien colocadas, siguiendo más arriba un muro menos cuidado y sensiblemente ataluzado, hasta alcanzar la altura de la citada plataforma en que se abre la boca. Pero el arco en realidad es sólo la terminación de una bóveda muy bien ajustada que cubre esta pequeña cámara de 2,70 m de fondo. Un segundo arco de medio punto que se abre a la derecha comunica con otra cámara abovedada de anchura, al parecer, más reducida, de la que nosotros no pudimos percibir la terminación y, por lo tanto, determinar su profundidad.

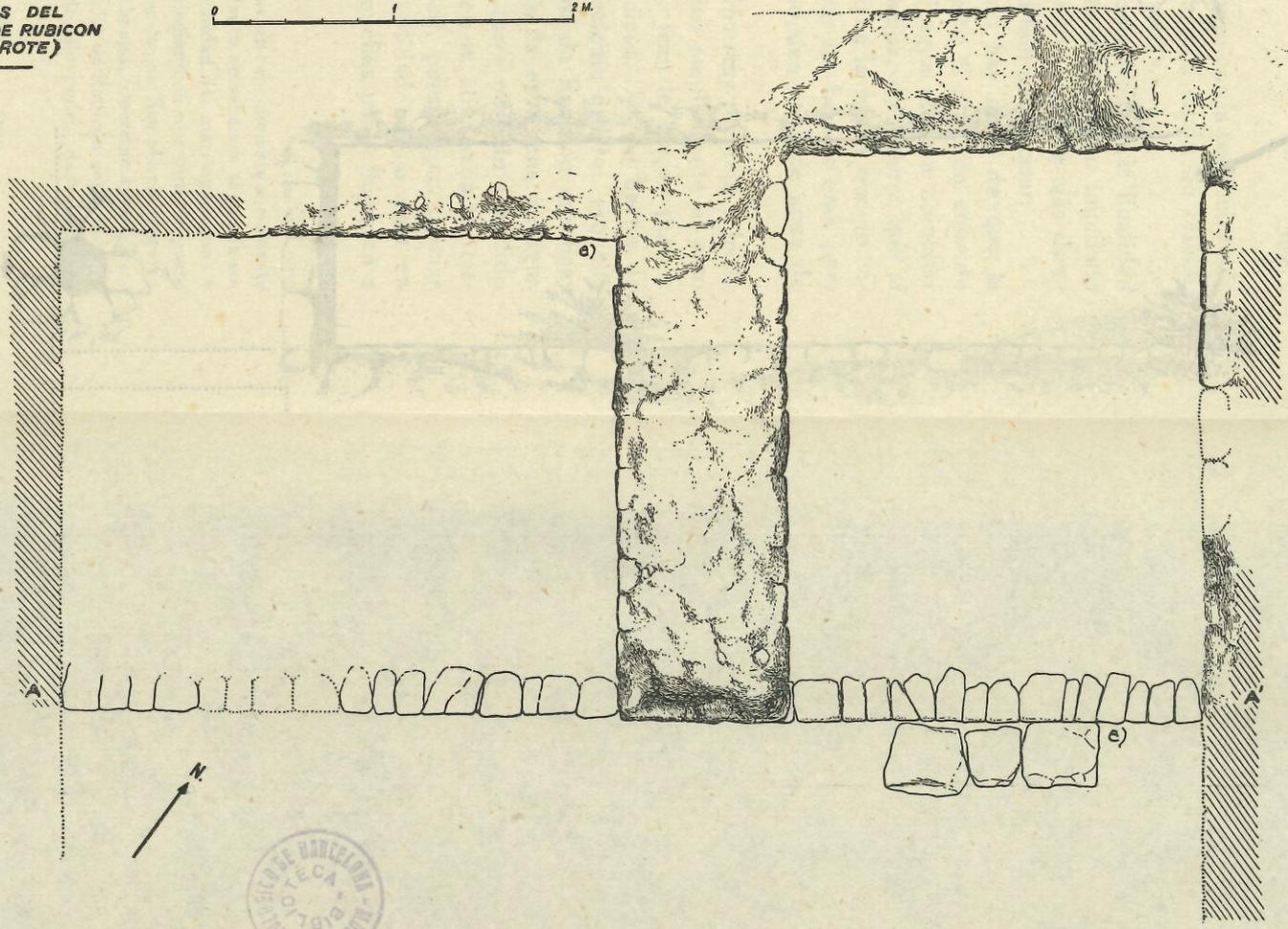
Nuestras medidas no coinciden exactamente con las que da el Sr. La Hoz al describir la primera cámara como «... un departamento rectangular de tres metros por tres y medio...». Aquél, como puede deducirse de la fotografía que publica, destapó más completamente el arco de entrada, que totalmente invisible en el momento de nuestra visita, nos contentamos con descubrir su parte alta, y por lo tanto hay que atenerse mejor a su descripción y medición que a la nuestra. He aquí lo que dice el Sr. La Hoz: «Esta primera parte se comunica con otra a través de un arco de medio punto y es algo más pequeña que la anterior. La segunda, a su vez, comunica con otro tercer hueco, también rectangular, asimismo por un arco de medio punto, siendo sus proporciones

¹ AGUSTÍN DE LA HOZ, *Lanzarote busca su historia*, «Diario de Las Palmas», mayo de 1960. También publicó un estudio de estos pozos don Sebastián Jiménez Sánchez, en el mismo «Diario» (9 y 10 de mayo).



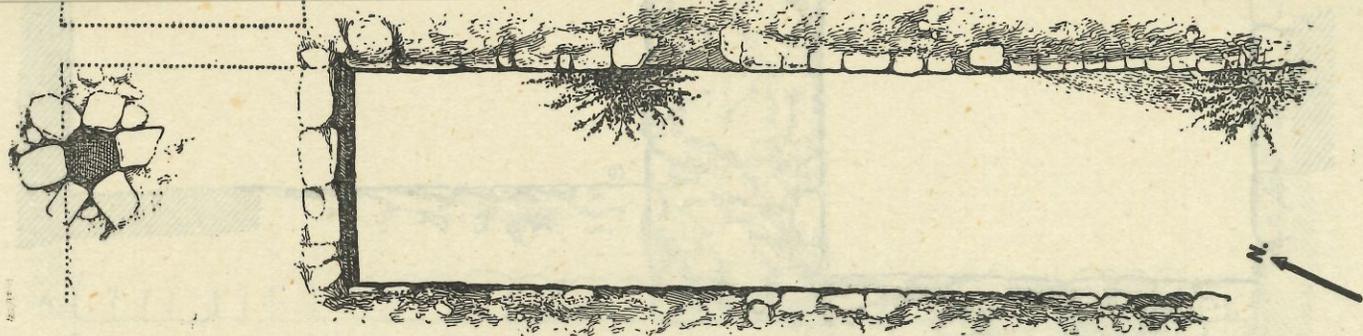
SECCION

RESTOS DEL
CASTILLO DE RUBICON
(LANZAROTE)

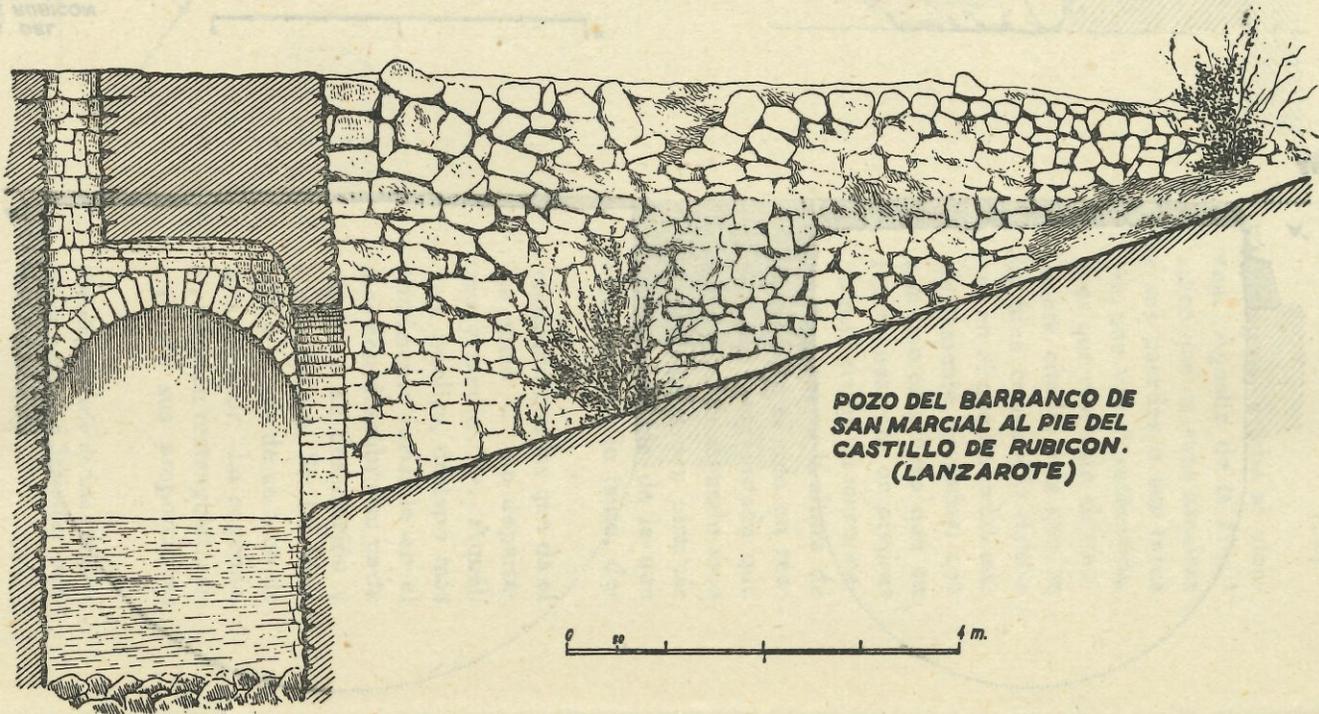


PLANTA





(TYPENWOLF)
CIVILTA DE UNICION
VELOS DE



**POZO DEL BARRANCO DE
SAN MARCIAL AL PIE DEL
CASTILLO DE RUBICON.
(LANZAROTE)**

0 20 40 4 m.

idénticas a los de la segunda habitación, pero con la particularidad de que en su pared de nacimiento luce un nicho a modo de retablo (foto que por falta de *flash* no se pudo tomar)».

Este nicho opinamos que es probable no tenga más finalidad que colocar en él una luz para limpiar este subterráneo inundado u otra igualmente utilitaria, tal vez constructiva, que sin más detenido examen, y acaso aun con él, resulte difícil de precisar.

Coincidiendo con La Hoz, cremos no hay duda de que la rampa o escalera tenía por finalidad convertir el pozo en cómodo abrevadero para el ganado. El nivel del agua viene a coincidir aproximadamente con el extremo de la rampa, de manera que si aquél es constante o representa un mínimo en la forma que lo vimos nosotros, las condiciones para abrevar las bestias eran perfectas. Una medición rudimentaria nos dio una capa de agua de cosa de un metro y medio.

Tenemos pues en total una construcción muy perfecta y hasta cierto punto complicada, en la que se utilizó ampliamente el arco y la bóveda y en la que, probablemente, Jean le Maçon puso a contribución todos sus conocimientos técnicos. Por el hecho de ser subterránea se ha conservado en excelente estado. Aquella perfección se explica por cumplir en la vida de Rubicón una finalidad primordial, tanto que sin la existencia de esta vena de agua en el barranco¹ y su aprovechamiento, la torre no habría podido establecerse, ya que no hay que contar con la utilización de cisternas, de construcción mucho más difícil, puesto que precisa impermeabilizarlas y, además, de nula utilidad en un país en el que las lluvias son tan escasas, que aquéllas jamás llegarían a colmarse.

¹ Tenemos, me refiero al redactor de estas líneas, un conocimiento sumamente imperfecto de la hidrología de Lanzarote, y por lo tanto no sabemos si es una cosa general que en los barrancos afloran, en la proximidad del mar, aguas más o menos salobres, pero de todas maneras utilizables, mediante la apertura de pozos poco profundos como éste. El agua que proporcionan los de San Marcial es algo salobre, pero se puede beber perfectamente; y los animales, concretamente las cabras, la beben con gusto. Un complemento del estudio de Rubicón sería obtener agua de los diferentes pozos y analizarla. Acaso de ello podría deducirse algo que explicase la multiplicidad de los mismos.

De esta afirmación, de que la vida en Rubicón sólo era posible mediante el agua de estos pozos, creemos puede deducirse su antigüedad y contemporaneidad con la construcción del castillo y la iglesia. La primera cosa de la que debieron preocuparse los conquistadores fue disponer de agua, y es probable que su primera actividad fuese cavar un pozo en el cauce del barranco.

Los otros dos pozos que examinamos están situados aguas arriba del primero y ofrecen pocas particularidades. El n° 2, a 42 m, es un simple cilindro revestido, carente igualmente de brocal. Junto a él se encuentran los trozos de una gran pica circular de piedra, rota intencionadamente en época moderna, con la finalidad, según nos fue dicho, de evitar que se utilizase como lavadero. El n° 3, emplazado 60 m más arriba del 2, se distingue porque en las piedras que, a ras del suelo, forman la boca, se notan profundas entalladuras formadas por el roce de las cuerdas que han frotado sobre ellas al descender cubos en busca del agua. Estas señales no faltan en los otros pozos, pero son menos visibles. También en él hay restos de una pica rota.

En la actualidad las bocas de todos los pozos de San Marcial están cuidadosamente cubiertas con piedras para evitar se caiga en ellos alguna de las pocas cabras que andan por los cerros de Rubicón. Creemos que ahora su utilidad es más bien escasa, por lo despoblado de la zona, pero el respeto que el agua ofrece en un país eternamente sediento hace que sean conservados en buen estado.

Para el estudio creemos sería conveniente explorar con mayor detención el primer pozo, donde acaso sería incluso conveniente achicar totalmente el agua para trazar con exactitud su plano y alzado e incluso ver, como acontece en todos los pozos, si se hallan en su fondo, estratigrafiados, restos de los cacharros que en él hayan caído a lo largo del tiempo.

No queremos terminar estas notas sin manifestar nuestro agradecimiento por la ayuda prestada a nuestros trabajos al Excmo. Cabildo Insular de Lanzarote, y en el orden particular citar los nombres de don Eugenio Rijo, don Rafael Cabrera, don Gerardo Morales y don Estanislao González, que en diversas ocasiones nos acompañaron y colaboraron con nosotros, haciendo todavía más grata nuestra estancia en la Isla.

P. I b. X - 46

R. 13529

SEPARATA DE
REVISTA DE HISTORIA CANARIA
NÚMS. 131-132 JULIO-DICIEMBRE 1960.